

# DE LA VOCACIÓN, LA CONFIANZA Y LA ÉPOCA

*Lic. Ileana Gotbelf*

*Cada hombre en su complejidad psíquica  
es una obra maestra, cada análisis es una odisea.  
Mis analizantes no dejan de asombrarme,  
de enseñarme.*

“Alegato por cierta anormalidad”, Joyce McDougall

Si necesitamos teorizar sobre nuestra técnica es que necesitamos un espacio para pensarla. Si necesitamos agruparnos en instituciones, sostener seminarios, ateneos clínicos, congresos, supervisiones, es que necesitamos hablar, contar, compartir y repensar lo que hacemos.

El compromiso emocional del trabajo que llevamos a cabo como analistas es mayor de lo que cualquier lego (parafraseando a Freud) pueda imaginar.

Tal vez en la búsqueda de entender cómo es que, a pesar de lo antedicho, me veo hoy envuelta en esta profesión tan apasionante y difícil, me permitió revisar algunas ideas teóricas ilustradas por viñetas clínicas, con el objetivo de delinear respuestas posibles.

Para esto vienen a mi auxilio la idea de trabajar sobre tres ejes:

El primero en relación a la pregunta abierta unas líneas arriba que replanteo de la siguiente manera: ¿cómo es que uno se ve envuelto en un trabajo con un compromiso emocional tan importante? ¿Cómo elige un individuo este “destino”?

Denominaré a este eje: Vocación.

Por otra parte, y una vez inmersos en esta profesión y su ejercicio (al de analista me refiero), surge el cuestionamiento, casi cotidiano, de cómo es que personas que padecen, sufren avatares de la vida o situaciones de suma gravedad llegan a nosotros y se entregan, confían.

A este eje lo denominaré: Confianza.

Época, es el nombre del tercer eje que utilizaré. Me centraré fundamentalmente en esta época en la que me ha tocado para ejercer como analista.

La época y debería agregar también el contexto socioeconómico e histórico que atraviesa el país y la ciudad donde vivo y desarrollo todas mis actividades laborales (Argentina, Ciudad de Buenos Aires).

El contexto que rodea a los padeceres de quienes consultan y a los avatares de quienes ejercemos como analistas, se entremezclan e invaden, inevitablemente los consultorios.

## De la Vocación

¿Por qué tomé este eje? (me hace pregunta la relectura de lo escrito). La respuesta que tengo más a mano es que si no sabemos desde dónde hemos partido difícilmente entendamos hacia dónde vamos.

Poner mi mente y mi emocionalidad al servicio de los padecimientos ajenos necesita, en mi humilde entender, bases firmes y contundentes.

¿Cómo llegó el mismísimo Freud al psicoanálisis, recorriendo un camino desde la medicina con especialización en neurología, abocado a la investigación en el auge de las ciencias positivistas, a precursor de una de las ciencias y/o artes (como más le guste a cada lector) que revolucionó el pensamiento contemporáneo?

Uno de sus biógrafos (si no me equivoco el único latinoamericano) Emilio Rodrigué indagó sobre la elección profesional de Freud y en su libro refiere: “[...] Fue la hora de la duda. No porque la elección fuese variada para un judío vienés, la gama de oportunidades era reducida; industria, comercio, derecho y medicina. Las dos primeras alternativas habían sido definitivamente descartadas [...] Freud en su autobiografía, mi padre insistía en que, en la elección de profesión, yo siguiese mis propias inclinaciones”. Y acota: “Ni en esa época, ni en mi vida posterior, sentí una predilección particular por la carrera de médico. Me movió, más que nada, una especie de curiosidad, que se dirigía más a las cuestiones humanas que a los objetos naturales...” (Rodrigué, Emilio: *Sigmund Freud. El siglo de psicoanálisis*. Sudamericana, Tomo I, p. 106).

Esta pequeña viñeta de la historia de vida de Freud permite entender un poco más aquello que dice en *El malestar en la cultura* respecto a la elección vocacional: “[...] La actividad profesional brinda una satisfacción particular cuando ha sido elegida libremente, o sea, cuando permite volver utilizables mediante sublimación inclinaciones existentes, mociones pulsionales proseguidas o reforzadas constitucionalmente...”

(“El Malestar en la cultura”, yo tenía siempre muy presente esta cita que es una nota al pie creo en p. 79, T. XXI, Parte II).

Vocación, según el diccionario de la Real Academia Española, es *“Inspiración con que Dios llama a algún estado, especialmente al de religión... Inclinação a cualquier estado, profesión o carrera... Convocación, llamamiento.”*

¿Se trata de un llamado divino? Desde un pensamiento con orientación psicoanalítica podríamos pensar que se trata de un llamado de la propia historia.

Yo tenía diez años y había decidido ser abogada. Jugaba en el cuarto de mis padres donde había un escritorio, usaba sellos viejos y uno propio que tenía con mis nombres y apellido. Ponía un cartel en la puerta y era abogada. Atendía familias, eso decía yo, divorcios, herencias. Pasaron varios años, ya en la adolescencia me di cuenta de que “el llamado” más que por la justicia era a la necesidad de las personas de solucionar sus problemas. Y no recuerdo ni cómo, ni cuándo, previo paso por la idea de hacer Medicina, decidí que quería ser psicóloga. Tenía 16 años. En ese mismo momento solicité hacer mi primer tratamiento terapéutico, que resultó ser un análisis.

Nunca dudé de que ser psicóloga es lo que quería. Hoy ser analista es el término más correcto a utilizar. La experiencia que he desarrollado en los años de trabajo con pacientes me permiten aseverar que brindar ayuda, pensar con otro para que su sufrimiento sea menor a la posibilidad de goce de su vida, es a lo que siempre quise dedicarme.

## De la Confianza

Una voz en mi teléfono celular que parecía conocida me dice: "... Hola, no sé si te acordás de mí. Soy Andrés, fui tu paciente hace cinco años..."

Sí, lo recordé sorprendida. Con Andrés no habíamos logrado iniciar un tratamiento analítico, pero habíamos mantenido una serie de entrevistas que en su momento lo habían ayudado a resolver situaciones de su momento vital.

Comenzamos nuevamente con entrevistas y ante mi sorpresa, Andrés retomaba preguntas que se habían planteado en aquellos escasos encuentros. Pasados algunos meses de haber iniciado esta vez sí un tratamiento analítico dice: "... *Esto [se refiere a un tema puntual] no lo había hablado más que con vos y ahora con mi hermana y con L [su pareja] ... hoy venía pensando por qué te busqué a vos y no a otro psicólogo o psicóloga, y es porque ya te tenía confianza...*". Andrés sigue hablando y a partir de un señalamiento que hago en relación al tiempo que le toma tener confianza en otra persona dice "...*es que contar mis miserias me hace sentirme vulnerable...*"

Me he preguntado en muchas ocasiones ¿cómo se genera la confianza?

Rastreado la noción de confianza en el psicoanálisis encuentro que Freud utilizó esta idea cuando describió la transferencia; "confianza en el médico" decía en los Escritos Técnicos. Freud sostenía que sólo los neuróticos son de confiar en alguien.

Andrés necesitó un tiempo muy personal, cinco años. Pero algo de lo transferencial se mantuvo vivo e invariante en aque-

llo que sólo pudo hablar conmigo y su hermana. Esto signó su regreso, tomando sus palabras, “esta psicóloga y no otra”.

Freud viene a mi auxilio para intentar entender por qué tanto tiempo fue necesario (cinco años) para que Andrés por fin confíe: “[...] Es cierto que la actitud confiada del paciente vuelve muy agradable el primer trato con él; uno se la agradece, pese a lo cual se prepara para que su previa toma de partido favorable se haga pedazos a la primera dificultad que surja en el tratamiento. Al escéptico se la dice que el análisis no ha menester que se le tenga confianza, que él tiene derecho a mostrarse todo lo crítico y desconfiado que quiera, que uno no pondrá su actitud en la cuenta de su juicio, pues él no está en condiciones de formarse un juicio confiable sobre estos puntos; y que su desconfianza no es más que un síntoma entre los otros que él tiene, y no resultará perturbadora siempre que obedezca concienzudamente a lo que le pide la regla del tratamiento...” (*Sobre la iniciación del tratamiento. Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis*, I., 1913, p. 128)

Las palabras de Joyce McDougall me ayudan a ilustrar más acerca de lo que sucede entre analista y analizando en la necesaria generación de la confianza: “[...] un psicoanálisis no debe asimilarse a una situación en que una persona analiza a otra. Más bien es el análisis de una revelación entre dos personas: el analista vivirá a su modo, con su propia fuerza y su propia debilidad, lo que sus analizantes experimentan, se identificará por turno con cada uno de ellos y con los seres que han marcado sus vidas, y lo hará a través de un conocimiento de sí mismos, siempre parcial. A veces, la intimidad de esta experiencia es mayor, más intensa que la que el analista ha conocido en la relación con sus parientes...” (*Alegato por*

*cierta anormalidad.* Joyce McDougall. Prefacio, p. 5, Gallimar. 1982).

Donald Meltzer sostiene que los procesos de transferencia y contratransferencia cuyo núcleo es la emocionalidad son posibles de ser sostenidos y contenidos gracias al encuadre y la situación analítica.

Meltzer se pregunta cómo puede el analista llevar la transferencia sabiendo que le falta equipamiento, y a su vez cómo puede el paciente tener confianza en alguien que falla a la hora de mostrar evidencias de su capacidad. Toma la metáfora de un hombre con un niño sobre los hombros y ambos montados a caballo, dice que en realidad el que lleva el peso no es el hombre sino el caballo. Cito: “[...] *La confianza del paciente no es en el analista. La confianza del paciente es a través del analista, en los objetos internos de éste. La capacidad del analista de soportar esta responsabilidad está basada en su capacidad de transmitirla a sus objetos internos y confiar en que sus objetos internos sean capaces de sobrellevar esta responsabilidad [...]*”. (“El ejercicio del psicoanálisis en la transferencia”, Donald Meltzer. Conferencia pronunciada en APdeBA el 4/04/91).

## De la Época

Carmen era una paciente de las que Freud en sus escritos técnicos describiría como no analizable. Cuando llegó a consulta tenía 57 años, no había terminado sus estudios secundarios y desde hacía muchos años trabaja como maestra en un instituto educativo. Si bien Carmen se mostró siempre como una persona con intereses, su cultura y su educación eran muy básicas, y también sus modales. Sin embargo, por

intermedio de una de sus hijas que logró un estudio universitario y una posición laboral en una importante empresa multinacional, llega a mí. Ella sólo conocía a los curas y a una señora cuya profesión le costaba pronunciar decía: "...algo así como *counscouns*... bueno usted sabe...".

Se trataba de Counselor, una "señora", como ella la llamaba, que le dio algunos consejos a ella y a su marido en un momento puntual, pero que ella misma sintió como insuficiente cuando sus padeceres físicos (diabetes, problemas hepáticos y un derrame pericárdico) que comenzaron a partir de una pelea con su hija mayor, con la cual no tenía casi contacto desde hacía un año, la desbordaban de angustia.

Carmen nunca llegó al diván, y muchas veces más que asociar libremente iba y venía sin mucha organización en su discurso. En relación a su diagnóstico claramente no estábamos en el terreno de la neurosis, era una paciente que podemos denominar, según desde la escuela psicoanalítica que tomemos de referencia, como Border o con Trastornos Narcisistas. Carmen pagaba poco, y faltaba con frecuencia. A veces dejaba de venir y luego regresaba un tiempo más. Carmen siempre me pedía consejos, hasta que se dio cuenta de que ella era quien en el trabajo conjunto conmigo encontraba algunas respuestas a sus preguntas y a su angustia que la desbordaban.

La época que me ha tocado como analista tiene una particularidad inherente a ritmos vertiginosos, exitismo y (como dicen algunos pacientes adolescente) *touch and go*. La realidad que vivimos analistas en formación es que los pacientes "escasean", tal como menciona Etchegoyen en uno de los últimos reportajes, la frecuencia de atención es casi



siempre una vez por semana. Algunos colegas recurren a las obras sociales y prepagas para sustentar económicamente su vida con el trabajo en la clínica. Otros apuestan en algunos momentos a lo institucional, en general a la demanda privada, y completan con tareas propias de la psicología para lo cual la escucha psicoanalítica y la teoría son muy enriquecedoras.

En la revista *Devenir* editada durante el año 2010 pude leer un reportaje realizado a tres grandes analistas –Etchegoyen, Lancelle y Berenstein– quienes hablan sobre los analistas en formación de estos tiempos: “[...] el candidato de ahora tiene el mismo interés por el psicoanálisis que el de antes, pero la situación ha variado notablemente en cuanto al trabajo. Los candidatos de los años 50 y 60 estábamos llenos de trabajo, mientras que, para el actual, los pacientes escasean y es difícil construir una práctica con pacientes de alta frecuencia...” (“Conversando con psicoanalistas”. Comité de Redacción Revista *Devenir* edición del Claustro de Candidatos de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Año 19, n. XIX, 2010).

Subrayo “el mismo interés por el psicoanálisis que el de antes”, el mismo interés y la misma decisión vocacional de llevarlo a cabo, pero en otras condiciones que, valga la redundancia, condicionan nuestro obrar.

Pero siempre podemos ver la contracara, el lado “claro de la luna”, si se quiere. En tal sentido se expresó el Dr. Bergallo en un seminario al que asistí, aseverando que los analistas somos “seres necesarios”; porque en la vorágine del éxito y la inmediatez todavía queda gente que presta un espacio para la reflexión compartida y la escucha sin prejuicio.

Carmen dijo muchas veces que esto que hacía conmigo era diferente. Cuando faltaba y hablábamos por teléfono me decía “no sabe cuánto necesito que hablemos algunas cosas” o iniciaba algunas sesiones diciendo “estoy re loca necesito que me ayude a ordenarme”.

Isidoro Berenstein dice: “[...] No es sencillo comparar épocas. Cada época conforma una subjetividad y en ella intervienen los mandatos explícitos y las opiniones circulantes, los prejuicios, las ideas preformadas como la mentalidad de época de la habla Romero...” (“Conversando con Psicoanalistas”. Comité de Redacción Revista Devenir Edición del Claustro de Candidatos de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Año 19, n. XIX, 2010).

En definitiva, podemos contar con el método psicoanalítico como una oportunidad para seguir investigando y generando teoría, en la época nos toca vivir y en la práctica que hacemos cada día.